

CUENTO N° 181

TÍTULO LA DANZA DE LAS SOMBRAS

SEUDÓNIMO: HIDRIANA

AUTORA: ANA MARÍA MIRANDA MARTIN

Seudónimo: HIDRIANNA

La danza de las sombras

Apenas entreabrió los ojos se dio cuenta de que no estaba en su cama. Una sensación extraña invadía su cuerpo, que parecía no pertenecerle. De espalda, con un catéter venoso central instalado en el cuello e imposibilitada de girar completamente la cabeza aturdida, logra reconocer tras una furtiva mirada, que está en una habitación sin ventanas, de paredes altas, cuya comunicación con el exterior la constituye una única puerta con vidrio empavonado. Al cabo de unos instantes cae en un profundo sopor, sin lograr definir por cuánto espacio de tiempo permanece en esa condición. Al emerger, un dolor pesado y sordo aprieta el pecho de Alma, por debajo de las costillas oprimiendo sus pulmones, mientras un frío intenso comienza a recorrerla de pies a cabeza, tanto, que pronto las convulsiones la remecan implacables sobre la superficie del lecho sin poder controlarlas. De pronto, un viento frío y nuevo penetra por su nariz, arreciando con una fuerza contraria y poderosa la libertad de sus sentidos, enmadejándola en un espiral de luces y de sombras que danzan por las paredes de la habitación, al ritmo ambiguo de un ventarrón desagradable y monótono. Las oscuras figuras se mueven según su propio desparpajo, provocando en la espectadora la sospecha íntima de presenciar el preludio de su inminente partida hacia el infinito. Los desplazamientos desordenados la distraen por algunos instantes, hasta que un grupo de personas se hace presente. Varias mujeres y hombres vestidos de blanco, tal vez alertados por una señal impredecible para ella, aparecen para saber que sucede. La luz que penetró en la habitación con su ingreso diluyó repentinamente el dantesco ballet,

Seudónimo: HIDRIANNA

más una de las integrantes permanece alargada a los pies de la cama, estoica, oscura y observante contemplando el movimiento de todos. Puede distinguir perfectamente su torso erguido, la negrura profunda de lo que supone una cabeza gacha, oculta en el vacío oscuro de una capucha, con la mitad transversa de su cuerpo inserto en la muralla.

Después de que le hubieron prestado las atenciones, cuando su cuerpo comenzaba a recuperar la tibieza, Alma volvió su mirada hacia los pies de la cama y allí continuaba la guardiana figura, incrustada en la muralla, sin moverse, en la misma posición.

En las jornadas siguientes, tras sueños que la volvían a un pasado casi olvidado, regalándole paz y tranquilidad en esos momentos dolorosos y aflictivos, la danza de sombras regresó invariablemente, mientras la oscura centinela continuó permanentemente, fija e inmóvil en la pared junto a su cama.

El día en que abandona el hospital, traen la silla de ruedas y ya acomodada en ella, levanta su mirada inquisidora, deteniéndose en el que imagina responsable de originar la particular música que animaba a las siniestras imágenes. En el rincón superior de la muralla gime sin cesar un viejo ventilador, que han echado a andar para airear la habitación. “Sin duda, la mente es extraña y misteriosa”, se dicta en silencio esbozando una vaga sonrisa. Desde el umbral observa la cama cómplice de sus sufrimientos, busca a la diligente negra celadora de su agonía, pero no la encuentra...ha desaparecido.